

revista
estrategia

revista teórica y proyecto revolucionario

Santiago de Chile
Edición N°2
Primavera 2026

53 años después:
Programa, táctica y estrategia
de la clase trabajadora
en Chile

Revista Estrategia

Edición N°2

Primavera, 2026.

La estructura, diseño y diagramación de estos textos han sido elaborados en Santiago de Chile. No nos reservamos ningún derecho, agradecemos a todas y todos quiénes participaron y promovemos su difusión.

El proyecto de *Revista Estrategia* nació en el año 2019 posterior a los procesos de revueltas en Chile y América Latina, logrando concretar esfuerzos de forma paulatina entre los años 2020 y 2024. Los textos a continuación son producto de la convocatoria abierta a personas, organizaciones y agrupaciones a presentar artículos, reflexiones y documentos que contribuyan a discutir el programa, la táctica y la estrategia de la clase trabajadora en Chile a 53 años del golpe cívico y militar de septiembre de 1973.

Sus integrantes no guardan relación con el proyecto inicial de 1967, sin embargo reivindican su centralidad histórica. Todas y todos ellos devienen de experiencias políticas y militantes en Chile durante las últimas dos décadas.

Estrategia se propone al servicio de este debate estratégico y coyuntural de la clase trabajadora en Chile, Latinoamérica y el mundo. Las actuales circunstancias en que se manifiesta el capitalismo y el imperialismo en los diversos pueblos del mundo demandan la tarea de la izquierda y de quiénes se propongan, desde la transformación y la transición, avanzar hacia nuevas condiciones de vida y subsistencia para las y los trabajadores.

Estrategia retoma el camino histórico en Chile de quienes, durante períodos álgidos de la lucha de clases, propusieron una herramienta de clase que funcionara como herramienta teórica, de debate y también de encuentro con otras y otros actores fundamentales en el proyecto estratégico de la izquierda.

Estrategia proyecta ese debate como un ejercicio permanente, indisoluble de las capacidades intelectuales que se encuentran en el pueblo trabajador y que solo en la medida de su desarrollo puede proponer nuevos elementos que colaboren en su propia emancipación.



Palabras al inicio: 53 años después

Por Comité Editorial Revista Estrategia

Hablar del golpe cívico y militar termina por emerger la confabulación de más de un escenario inserto en el imaginario social en las últimas décadas. Su relativización por cuanto, las consecuencias que tuvo para las grandes mayorías del país han estado ligadas en los últimos años por una agenda activa de reconstitución y profundización del actual modelo de explotación.

El peso de este cambio en el escenario de la Historia de nuestro país y del continente ha contraído una variable determinante para nuestro futuro, la concepción que las nuevas generaciones y la juventud adquiere sobre los crímenes como las consecuencias del terror implantado por las fuerzas armadas y la burguesía en Chile desde septiembre de 1973.

Las consecuencias para la izquierda y el pueblo trabajador aún son objeto de estudio y repercute a sus diversos sectores cuando la tarea es tantear su estado actual y su capacidad de lucha actual. 53 años después, no tan sólo nos enfrentamos a la brutalidad de la maquinaria del capital y la profundización del modelo neoliberal, sino que también, concebimos el terror de Estado e internacional con el apoyo de los EEUU por la desarticulación de los partidos, organismos y sindicatos de la clase trabajadora.

Portanto, la dificultad como parte de los desafíos de este siglo se han ampliado; hoy somos la mayoría exorbitante y abrumadora, producto de la concentración -cada vez más desenfrenada- de la acumulación de la riqueza y del empobrecimiento producto de las condiciones del trabajo. Dicha contradicción, nos empuja a buscar de todas las formas posibles, dar la apertura a un debate que permita mirar hacia el futuro.



He allí la centralidad de nuestro espíritu de propuesta: buscar nuevas formas y reimaginar el presente y futuro que tenga como centralidad a esa gran mayoría que habita este mundo.

Agradecemos a cada una de las personas, colectivos, grupos de estudio y organizaciones que se plegaron a nuestra convocatoria. Más que sólo un elemento testimonial, esperamos que estos textos alimenten el interés de quienes lean estas páginas.

¿Sigue vigente la Vía Chilena al Socialismo? Una reflexión histórica-política

Por
Nicolás Vergara Muñoz
Josefa Montero Fernández
Iñaki Carrasco Álvarez
Vicente Núñez Ramírez

| *Centro de Estudios y Formación Marxista (CEFM)*
| @marxistas.cl
| cefmarxista@gmail.com
|



Introducción

En la actualidad -y de manera constante- suele señalarse que el Socialismo, en tanto orden social, económico y político alternativo al Capitalismo está en crisis, e incluso, que ha perdido vigencia en su lucha por un mundo mejor. Dichos planteamientos no se corresponden con el tiempo actual, más bien, llegan a nuestros días por el impacto que significó la caída de la Unión Soviética en el año 1991 y que, efectivamente, se tradujo en una crisis teórica e intelectual para la Izquierda mundial, dado que la experiencia soviética era concebida como el modelo “real” del Socialismo en la Tierra (1). Sin embargo, el Socialismo no pereció tras este hecho, al contrario, ha seguido vivo en otros países como, por ejemplo, China. En este sentido, sería correcto manifestar actualmente que el Socialismo, lejos de una crisis, se encuentra suspendido y recobrando fuerzas para liberar, una vez más, su energía creadora y transformadora. Pero no sólo ello, sino que se encuentra más vigente que nunca producto de las contradicciones, cada vez más fuertes, entre el Capital y el Trabajo, como también, de los antagonismos de clase. Esto en un mundo que se vanagloria de ser Neoliberal, Individualista y Globalizador.

Frente a lo anterior, cabe situar esta disyuntiva en el panorama político e ideológico actual de Chile, en donde el Socialismo, expresado —aparentemente— como alternativa a través del Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS), entiende sus bases desde principios y métodos de acción distintos. No obstante, existe cierta reivindicación de un pasado común. Al respecto, Viera-Gallo (2) señala que existen algunos momentos cruciales para el Socialismo chileno en donde comunistas y socialistas convergieron para construir un Programa y proyecto país, tales como la lucha y movimiento obrero, la experiencia del Frente Popular y Gobiernos Radicales (1938-1952), la consolidación del Frente de Acción Popular (FRAP) y, como derivada histórica, la Unidad Popular (UP) y el Gobierno de Allende (1970-1973). Sin embargo, tras el Golpe de Estado de 1973 y la Renovación Socialista en la década de 1980, ha existido una batalla abierta por el legado, o mejor dicho, la herencia de Salvador Allende y la Vía Chilena al Socialismo. Por ello, hemos patentado una reflexión en torno a la vigencia —o no— de la primera experiencia socialista “democrática”, “pacífica” o “electoral”, como se le ha solido denominar.

La cuestión presentada es compleja, empero, sostenemos que la Vía Chilena al Socialismo sigue siendo vigente en tanto siga inspirando las pasiones por la revolución y el Socialismo para construir, hipotéticamente, una “Nueva Vía Chilena al Socialismo” centrada en las condiciones materiales del siglo XXI, así como las necesidades y aspiraciones actuales de la clase trabajadora. Habida cuenta de lo anterior, es necesario mencionar en última instancia que la relevancia del presente escrito, y sus planteamientos, se encuentran directamente relacionados con los tiempos agitados y convulsos en los que vivimos, en donde nuevamente el Socialismo y sus principios humanistas de libertad, igualdad y fraternidad, se posicionan como una alternativa al Capitalismo Neoliberal.

I.- Socialismo: Esperanza de la humanidad

El socialismo ha marcado la política desde hace dos siglos. Surgido de la crítica al sistema capitalista, ha animado las luchas de los trabajadores por mejorar sus condiciones de vida, con la esperanza de dar origen a un nuevo sistema de organización de la sociedad en la que los ideales de la revolución francesa pudieran, finalmente, hacerse realidad para todos (3).

Frente a los males del Capitalismo no existe otra alternativa más que el Socialismo, este es el pensamiento y sistema por excelencia en la lucha contra el capital, y por supuesto, también contra quienes lo defienden, es decir, la burguesía, clase social que ha evolucionado sustancialmente desde la Edad Media hasta nuestros días y que, incluso, llegaron a luchar contra la tiranía del Antiguo Régimen -por supuesto- para mejorar su condición de clase. Ahora, es el turno de los trabajadores, es decir, del proletariado, el volver a tomar las banderas y consignas del Socialismo para mejorar su condición social y económica. No obstante, esta lucha debe hacerse pensando en el nuevo siglo que tenemos por delante, en donde las ciencias y tecnologías han avanzado de manera acelerada, pero también, debe rec-

tificar los errores o excesos cometidos en el pasado.

Como bien ya ha sido mencionado anteriormente, vivimos tiempos convulsos y agitados a nivel nacional e internacional, según García nos encontramos en un momento o época límite para la sociedad, especialmente la occidental, en donde el Capitalismo Neoliberal ha perpetrado contra la conciencia moral de los trabajadores por medio de la privatización o mercantilización de la vida, pero también, contra la democracia e institucionalidad republicana (4). Esto, por intermedio de actores políticos como Donald Trump, Javier Milei y Jair Bolsonaro (podríamos además, sumar a Kast) que, desde la Presidencia, han demostrado lo salvaje del discurso y medidas neoliberales a favor de mantener el status quo. A lo anterior, el mismo García lo etiqueta como un “tiempo liminal”, es decir, “el cierre de una época y el inicio de una nueva, pero no como tránsito gradual o una apacible mezcla anfibia. Sino como un vacío, una desesperante ausencia íntima” (5). Y qué duda cabe al respecto cuando en los últimos años se ha evidenciado un aumento progresivo de protestas sociales y ciudadanas para mejorar la calidad de vida de toda la sociedad. Las protestas en Francia de los llamados “chalecos amarillos” (2018), la huelga feminista en España (2018), las protestas en Ecuador (2019) y, por supuesto, el propio Estallido Social del año 2019 en Chile no son casos aislados, representan el descontento general existente contra el actual modelo económico de desarrollo, por ello mismo somos partícipes de un momento socialmente agitado, porque la ciudadanía global ha comenzado a demandar cambios abruptos.

Ahora bien, es cierto que el Socialismo es una alternativa a los males del Capitalismo, empero, este debe reestructurarse desde las lecturas actuales al marxismo a modo de no cometer, nuevamente, los errores del siglo XX. En este sentido, es vital volver a entregarle legitimidad al pensamiento y praxis socialista.

Lo anterior, bajo la idea de que la disolución de la Unión Soviética en 1991 no fue un corte abrupto de la historia en la llamada “Patria Socialista”, más bien, fue el hecho que terminó con un largo proceso de crisis de legitimidad del “socialismo real” que habría iniciado hacia 1970 con la apertura económica de China, la Unidad Popular en Chile, y la expansión de los ideales del Eurocomunismo en Francia e Italia, es decir, procesos que iniciaron una reestructuración, por no decir revisión, de la interpretación clásica marxista con respecto a la construcción del Socialismo. Esto, en consideración de las condiciones objetivas y subjetivas de cada uno de los países mencionados, pero también, apelando al principio internacional de la autodeterminación de los pueblos. Demás está decir que la caída del Socialismo Soviético estuvo motivada por las últimas grandes reformas económicas (Perestroika) y políticas (Glasnot) en tiempos de Gorbachov (1985-1991); la primera buscaba crear un nuevo sistema económico que permitiera la inversión y propiedad privada en la producción, mientras que la segunda, se trataba de crear un nuevo sistema político en donde el peso del Gobierno no estuviera en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y sus órganos internos, más bien, en el aparato estatal, también, planteaba la necesidad de crear asambleas representativas que culminaran en una única asamblea legislativa central que hiciera contrapeso al poder del Ejecutivo. En suma, se trató de un proceso de larga duración que terminó por desencadenar un desequilibrio de poder en la balanza mundial, haciendo creer al mundo que el Capitalismo, y particularmente Estados Unidos, había sido el triunfador de la Guerra Fría (1945-1991).

Sin embargo, tras décadas de desarrollo económico y productivo, e inversión en las ciencias y tecnologías, China ha emergido como el nuevo gran líder y representante del Socialismo en la Tierra, aplicando principios muy diferentes a los de la Unión Soviética en su matriz productiva, y por supuesto, en su línea política en cuanto a la relación o diplomacia con el mundo, pero también, la emergencia de este país ha significado la constitución de un nuevo orden mundial en donde nuevamente es desafiado el carácter capitalista del progreso humano (6).

Según Dall’ Orso y Condeza los actuales problemas del Capitalismo se encuentran en la desigualdad socioeconómica, la cesantía, la pobreza y la crisis climática, no sólo a nivel nacional o continental, sino que a nivel global; dichos problemas serían producidos por un orden económico que busca continuamente maximizar la producción y las ganancias

(7). En esta misma línea, Arocena reafirma el problema de la crisis climática y la desigualdad, sin embargo, a esta última le asocia el problema de la polarización social, es decir, el cómo la desigualdad termina por afectar y permear a la sociedad de tal manera que frente a cuestionamientos, o descontentos con la institucionalidad democrática, pueda llegar a ser esta misma sociedad quien promueva la violencia como mecanismo de presión.

Siguiendo la crítica hacia el Capitalismo, Arocena señala que

La ola derechista, autoritaria y aun chovinista debe ser enfrentada ya. Hay que defender como siempre los derechos humanos y también las (más o menos imperfectas) democracias realmente existentes, sumando esfuerzos con toda la gente dispuesta a ello. Pero, para triunfar en las batallas de las ideas y los entusiasmos, difícilmente alcance con estrategias defensivas. Hay que construir proyectos alternativos nuevos que alimenten la multiplicación de la acción colectiva progresista y su creatividad (8).

Es decir, que es profundamente necesario que la Izquierda nuevamente logre converger en torno al ideario socialista, estableciendo un programa claro en donde el foco se encuentre en el medio ambiente, el feminismo y la democratización del conocimiento, como también, en la reactivación del movimiento obrero. Dichas propuestas no son nuevas, más bien, responden a lo ya hecho por la socialdemocracia europea de finales de los 90’ e inicios de los 2000’, la que logró posicionarse progresivamente como una “Tercera Vía”, pero replicando las mismas contradicciones sistémicas del capitalismo, siendo también responsable de esta nueva oleada de derecha.

En definitiva, el Socialismo sigue siendo la única esperanza para la humanidad en su lucha contra el Capital, no obstante, podemos - y debemos- ser artífices de un Socialismo nuevo para el siglo XXI que responda a las demandas y desafíos presentes del tiempo y momento en curso.

II.- La Vía Chilena al Socialismo (1970-1973)



El 4 de septiembre de 1970 Chile estuvo bajo la mirada internacional: por primera vez en la historia un Presidente socialista era electo a través de la democracia liberal representativa. Este hecho no era impactante sólo por la figura de Salvador Allende siendo elegido Primer Mandatario de la nación, más bien, era un hecho sumamente trascendente por representar un segundo modelo de Socialismo o de tránsito hacia este. Dicho modelo sería conocido como “La Vía Chilena al Socialismo”, que desafortunadamente estuvo cargada de éxitos y fracasos durante su desarrollo en el Gobierno de Allende y la Unidad Popular (1970-1973). No obstante, es una propuesta teórica y práctica que sigue inflamando el corazón de aquellos que aspiran a construir el Socialismo en democracia, y por supuesto, en donde esta última sea constituida como un principio rector del sistema.

Ahora bien, la idea de construir el Socialismo en democracia, o por medio de esta, no fue una innovación en el pensamiento marxista del siglo XX, y mucho menos del socialismo chileno, más bien, se corresponde con un breve comentario expuesto por Engels en su obra “Crítica al Programa de Erfurt” de 1891, en donde expone los nudos críticos de la Socialdemocracia alemana de la época con respecto al avance y emancipación del Capitalismo en el país. Engels, señalaría que

Se puede concebir que la vieja sociedad sería capaz de integrarse pacíficamente en la nueva en los países donde la representación popular concentra en sus manos todo el poder, donde se puede hacer por vía constitucional todo lo que se quiera, siempre que uno cuente con la mayoría del pueblo (9).

Es decir, que la construcción del Socialismo en democracia sería posible, siempre y cuando la Izquierda gobernante, tuviera el apoyo mayoritario del pueblo, no sólo en el Poder Ejecutivo, sino que también en el Legislativo, apelando a la idea de iniciar los cambios desde la propia institucionalidad. Con respecto a esto, y a nivel nacional, Eugenio González y Humberto Mendoza, ambos militantes del PS, ya habían teorizado hacia finales de la década de 1930 -y con mayor fuerza durante la década de 1940- sobre la necesidad de avanzar hacia un modelo socialista distinto al soviético, por supuesto, este desmarque se debía a las profundas críticas del Partido Socialista chileno con respecto al Estalinismo (10).

De hecho, y tal como ya ha sido señalado anteriormente, la Vía Chilena surge por la crítica hacia el Socialismo soviético con respecto a la burocratización y lo que fue el proceso de desestalinización durante el liderazgo de Kruchev (1953-1964).

Según Moulian la burocratización de la Unión Soviética habría impedido la construcción de la “Dictadura del Proletariado”, es decir, que el poder político se encontrara socializado entre la clase obrera, en contraposición a esto, se habría establecido una nueva clase política configurada por los militantes del PCUS y sus líderes; en cuanto al proceso de desestalinización, el autor señala que este no se centró en el proceso de la revolución y la construcción de un socialismo post-estalinismo, más bien, se concentró únicamente en analizar y criticar la figura de Stalin, hecho que habría dejado un vacío en la intelectualidad soviética con respecto al rumbo que debía tomar la República Socialista.

Ambos aspectos mencionados fueron los promotores iniciales en la construcción de una nueva vía legítima para erigir el Socialismo. No obstante, dicha vía carecía de los elementos teóricos, por ende, existía un vacío en su conceptualización, y por consecuencia, en el camino a trazar. Por ello, la Vía Chilena al Socialismo fue un proyecto nacido del debate estratégico para acceder al Poder Ejecutivo y controlar el Estado, más no un debate teórico sobre el proyecto en sí.

En relación con la estrategia, Luís Corvalán aclara que la Izquierda chilena durante finales de los 50's, y particularmente en la década de 1960, ya venía visualizando la vía armada como la estrategia a seguir para la construcción del Socialismo en el país, hecho que se habría fortalecido tras la Revolución Cubana de 1959, sin embargo, las críticas hacia el Estalinismo, las condiciones materiales y objetivas de la realidad nacional imponían erigir una “vía no armada” para la conquista del poder político (11). Al respecto, se puede



interpretar entonces que tanto la Unidad Popular como la Vía Chilena representan la amplia unidad de la Izquierda nacional hacia finales de los 60's, en donde el Partido Comunista y Partido Socialista se reconocerían como las vanguardias revolucionarias del pueblo. No obstante, existían algunos nudos críticos con respecto a esta “revolución desde arriba” (12).

Según Tomás Moulian, José Antonio Viera-Gallo y Patricio Aylwin (13), tanto el Gobierno Popular como la Vía Chilena pecaron de no tener un sustento teórico que refuerce la tesis de construir el Socialismo en democracia, pero también, señalan que los problemas internos entre el PC y PS en el Comité Político del Gobierno de la Unidad Popular, junto a la noción de ser una revolución desde arriba, habría comenzado a fragmentar la unidad de la Izquierda con respecto al proyecto en curso. En relación con esta problemática, el propio Salvador Allende señalaría el 21 de mayo de 1971, ante el Congreso de la República, que

La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedentes en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas -particularmente al humanismo marxista- y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno (14).

En otras palabras, y en la línea de lo ya planteado, no existía sustento teórico e histórico detrás de lo que se estaba gestando en el Chile de inicios de los 70's. Pese a ello, nuestro país fue sede de un segundo modelo de tránsito hacia el Socialismo, en donde los principios de la libertad, el pluralismo y la democracia fueron fundamentales.

Algo no menor, y de lo cual debemos sentirnos orgullosos.

A 54 años del triunfo de la Unidad Popular, y Salvador Allende, la teorización de una vía no armada y democrática para construir el Socialismo sigue estando presente en el mundo post-Guerra Fría, de hecho, se ha convertido en una especie de base o guía de las organizaciones socialistas a nivel global. Pero, ¿es realmente positivo aquello?

El marxismo, especialmente en sus variantes leninista y maoísta, enseña que la articulación de los movimientos obreros se deben a las condiciones materiales e inmateriales de su tiempo y momento histórico, en este sentido, pareciera ser que hoy el Socialismo global ha sucumbido a las lógicas del liberalismo político progresista, en donde la democracia liberal y sus principios son los que articulan los distintos espacios políticos cívicos e institucionales.

Al respecto, adherimos a la idea de que es necesario que tanto el Socialismo nacional, e internacional, vuelva a correr el cerco del límite de lo posible, es decir, levantar nuevamente el Socialismo como una alternativa al Capitalismo. Para ello, y siguiendo las condiciones actuales, una Nueva Vía Chilena al Socialismo no suena ajeno, ni lejano, ni difícil de construir.

Conclusión

En síntesis, el texto busca mostrar que el Socialismo sigue siendo una opción importante frente a los problemas del Capitalismo Neoliberal.

La desigualdad, la precariedad, la crisis climática, la comercialización de la vida y la pérdida de espacios de participación colectiva hacen que se siga debatiendo sobre nuevas formas de organización. Sin embargo, pensar en el Socialismo hoy implica reconocer los errores del pasado y crear una propuesta que responda a las necesidades actuales.

En este contexto, la Unidad Popular y la Vía Chilena al Socialismo son importantes. El proyecto de Salvador Allende fue un intento de avanzar hacia el Socialismo por medio de instituciones democráticas, el pluralismo y la participación, sin tener un marco teórico claro y enfrentando tensiones dentro de la Izquierda, especialmente entre el Partido Comunista y el Partido Socialista. Además, era difícil transformar la estructura social desde dentro. A pesar de esto, su importancia histórica no se pierde. Lo que vivió Allende abrió un debate que sigue vigente: cómo construir una sociedad socialista incorporando mecanismos o herramientas democráticas y según las necesidades de cada país.

Por ello, la Unidad Popular no debe verse sólo como algo del pasado, su inspiración para hoy está en su deseo de cambiar la sociedad y erigir el socialismo como alternativa al régimen capitalista. La experiencia de Allende muestra que para construir dicho proyecto alternativo es necesario ganar el poder político, contar con una propuesta que logre movilizar a la sociedad y unir las ideas de la clase trabajadora, pero también, asumir que el conflicto entre clases es inevitable y hay que estar preparado para ello. En este sentido, su legado puede servir como base para pensar nuevas formas de transformación, sin copiar lo que se hizo en los años setentas. La importancia de la Unidad Popular no está en repetir lo que se intentó hace mucho tiempo, sino en recordar su capacidad de imaginar lo imposible y llevar el debate político más allá de lo establecido. En una época de grandes desigualdades y cuestionamientos al sistema económico, la experiencia chilena sigue inspirando la posibilidad de crear un proyecto que ponga en el centro la dignidad humana, igualdad, libertad y la participación de quienes han sido excluidos.

Hablar de una Nueva Vía Chilena al Socialismo significa tomar su impulso transformador y adaptarlo a los desafíos de hoy. Así, la Unidad Popular sigue viva no solo como memoria histórica, sino también como una pregunta sobre el futuro: cómo cambiar la sociedad, cómo ampliar lo que se cree posible y cómo construir, desde el presente, un proyecto político que coloque la igualdad y la emancipación social en el centro de la acción colectiva.

Referencias Bibliográficas

(1) Elgueta, B. (2018). El socialismo en Chile. Una herencia yacente. Tiempo Robado Editoras. (Trabajo original publicado en 2007).

(2) Viera-Gallo, J. A. (2022). El socialismo en la encrucijada: Reflexiones a partir del caso chileno. En C. Brundenius & S. Bitar. (Eds.), Socialismo democrático en el nuevo siglo. Opciones para América Latina (pp. 149-194). Catalonia.

(3) Viera-Gallo, J. A. (2022). El socialismo en la encrucijada: Reflexiones. . . , p. 149.

(4) García, A. (2023). Izquierdas y neofacismo. Pehuén.

(5) García, A. (2023). Izquierdas y neofacismo. . . , p. 19.

(6) Arocena, R. (2022). Socialismo de ayer, hoy y mañana. En C. Brundenius & S. Bitar. (Eds.), Socialismo democrático en el nuevo siglo. Opciones para América Latina (pp. 481-504). Catalonia.; Ciafardini, M. (2022). La continuidad de la historia: Explicación marxista del fenómeno de la República Popular China. Actualizaciones en materialismo histórico. Ediciones Luxemburg.

(7) Dall’Orso, A., & Condeza, E. (2019). Vigencia del socialismo. “Y Marx tenía razón”. Editorial Cuarto Propio.

(8) Arocena, R. (2022). Socialismo de ayer, hoy y mañana. . . , p. 501

(9) Mansuy, D. (2023). Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular. Taurus. . . , p. 39

(10) Moulian, T. (1998). Conversación interrumpida con Allende. LOM Ediciones.

(11) Corvalán, L. (2003). El Gobierno de Salvador Allende. LOM Ediciones.

(12) Moulian, T. (2006). Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973). LOM Ediciones.

(13) Aylwin, P. (2023). La experiencia política de la Unidad Popular. La Democracia Cristiana durante el gobierno de Salvador Allende. Debate.

(14) Allende, S. (2014). La vía chilena al socialismo. Ediciones Espartaco. . . , p. 46

(15) Ballesteros, C. (28 de octubre de 2015). “No hay herederos de Allende en el continente”. El País. https://elpais.com/internacional/2015/10/27/america/1445977894_972053.html



NO HAY

Revolución

SIN ESTRATEGIA

NI ELLA SIN

Sujeto



CONSCIENTE DEL

Escenario

DE LA

Lucha

de

Clases



Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica. (...) debido a tres circunstancias que se olvidan con frecuencia. En primer lugar, nuestro partido sólo empieza a organizarse, sólo comienza a formar su fisonomía y dista mucho de haber ajustado sus cuentas con las otras tendencias del pensamiento revolucionario que amenazan con desviar el movimiento del camino justo.

V. Lenin. ¿Qué hacer?. 1905.

Introducción: El problema de la estrategia en Chile

Desde que han existido organizaciones obreras en búsqueda de una sociedad más igualitaria ha existido una preocupación por la estrategia revolucionaria en Chile. De esta forma, es fácil remontarse a inicios del siglo XX, en donde las organizaciones obreras tuvieron avances cualitativos importantes y que desembocaron en las experiencias de organizaciones políticas como el Partido Obrero Socialista (POS), fundado en 1912 por Luis Emilio Recabarren al alero del movimiento obrero de la época. Así mismo, pero en un momento distinto de la historia, observamos una problematización colectiva entorno a la pregunta por la estrategia en experiencias como las del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), consecuencia, si se quiere decir, de los movimientos estudiantiles y obreros de su época. Desde que existen estas experiencias, la clase trabajadora organizada es que tiene en mente el problema sobre el cómo alcanzar la revolución socialista.

Así mismo, observamos en estas experiencias que la pregunta por la estrategia ha estado acompañada siempre por la pregunta por el sujeto revolucionario. Entendiendo a éste como el sujeto necesario para realizar la revolución, las distintas organizaciones de la izquierda, incluso de la izquierda más institucional como el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC), han buscado levantar una propuesta de sujeto revolucionario. Ya sean las y los trabajadores, las y los pobladores, las y los estudiantes, o las y los campesinos en su conjunto, la pregunta por el sujeto revolucionario se ha caracterizado por ser una construcción colectiva derivada de las distintas experiencias de clase, y que, como clase han vivido los distintos sujetos mencionados.

Entonces, han sido distintas las respuestas que se le han querido dar tanto a la pregunta por la estrategia, como a la pregunta por el sujeto revolucionario. Ya sea la vía chilena al socialismo adoptada por la Unidad Popular, o la conquista del poder por la vía insurreccional¹, la construcción de la estrategia para alcanzar el socialismo, ya sea por la vía armada o no, ha sido una construcción que contempla la necesidad de un sujeto consciente de sus condiciones de vida, y por tanto, consciente del escenario de la lucha de clases. Es por esto que a lo largo de este trabajo ahondaremos en la necesidad de consciencia con respecto al estado de las condiciones materiales de los sujetos, es decir, a la claridad con respecto a la lucha de clases.

Posterior a la ofensiva estadounidense en el continente y a la caída de la URSS, la izquierda y sus organizaciones han estado en la búsqueda de redefinir bajo qué parámetros se configura una horizonte estratégico que pueda conversar con el actual estado de las cosas. Sin lugar a dudas, el periodo pre golpe representa el momento de avanzada más concreto en relación con la disputa del poder y la organización de la vida.

No es fortuito que dicha ofensiva haya ido aparejada con la caída de los «grandes proyectos» de transformación. En este escenario, la búsqueda

de sentido en el horizonte estratégico ha exigido una profunda redefinición del sujeto revolucionario, desplazando el eje de la izquierda desde una conceptualización unívoca hacia el reconocimiento de una pluralidad de sujetos en tensión². De allí la relevancia de este análisis, en tanto busca abordar desde nuevas aristas los procesos de conformación e identidad de dicho sujeto.

Es precisamente bajo las condiciones impuestas por la avanzada del capitalismo en su fase neoliberal que cobra urgencia interrogarse sobre cómo se ha configurado históricamente la clase y el sujeto revolucionario que dieron sustento a las diversas estrategias de disputa. Sin pretender agotar el examen sobre la efectividad o el acierto de tales proyectos en sus respectivos momentos históricos —análisis que excede los límites del presente trabajo—, resulta imprescindible examinar esos hitos de la lucha social para aprehender, en su dimensión concreta, los procesos de conformación del sujeto.

De esta manera, consideramos que para responder a la pregunta sobre la conformación del sujeto revolucionario, es vital analizar el protagonismo de los sujetos populares en las luchas contra el capitalismo. Protagonismo que ha sido conformado en base a la propias experiencias de vida de los sujetos y de su relación con las estructuras del propio sistema capitalista. A lo largo de la historia, y en los ires y venires de esta misma, la participación de los sujetos populares ha estado marcada por sus propios contextos históricos y coyunturas pero, como establecimos anteriormente, consideramos que es la claridad de estos momentos la que determinará la conformación de dicho sujeto en sujeto revolucionario.

Desarrollo: El protagonismo obrero y el conflicto contemporáneo

En Chile el protagonismo obrero en las luchas sociales ha estado marcado por distintas experiencias. Partiendo por las vividas a fines del siglo XIX, las cuales se caracterizaron por la conformación de un movimiento obrero organizado, las crisis sufridas por la oligarquía y las álgidas luchas sociales experimentadas por las clases populares³. Luchas que en determinado momento, y producto de la represión, sufrieron grandes masacres, como las de inicio del siglo XX⁴. En este sentido, estas experiencias de lucha y la vivencia histórica de la “cuestión social”, comenzaron poco a poco a definir lo que sería el protagonismo obrero durante el siglo XX, y sobre todo, cuáles eran los elementos que definían ese protagonismo.

En términos de la cuestión social, entendemos esta como las

condiciones materiales y sociales que vivió la clase obrera en el comienzo de su conformación como clase, es decir, los inicios de las condiciones de vida de la clase trabajadora producto de la transformación industrial que en esa época estaba sufriendo el país. En este sentido, Márcia Cury lo retrata muy bien, “el país se transformó gradualmente en una sociedad urbano-industrial, pero no consiguió asegurar un crecimiento permanente y modificar el sistema de propiedad de la tierra ni elevar de forma significativa el nivel de vida de la clase trabajadora”⁵. Así, entendemos que si bien el auge de la sociedad industrial permitió una mayor participación social de la recién conformada clase trabajadora (y de otros sectores populares como veremos más adelante), esta participación no significó mejoras en las condiciones de vida de las personas. Y son todas estas condiciones de vida alrededor de las nuevas estructuras de la sociedad las que conformaron la denominada “cuestión social”.

En este sentido, resulta importante entender cómo se fueron configurando las experiencias de vida y de lucha de las clases populares, y sobretudo de la clase obrera, ya que como veremos más adelante, son estas las que determinaron su protagonismo en épocas tan álgidas y definitorias como la década de los 60’ y de principios de los 70’.

El protagonismo de las organizaciones de clase desde mediados del siglo XX alcanzaron su punto de clímax en Chile con particular centralidad entre los años 1970-73. Para organizaciones revolucionarias como el MIR, este periodo supuso una situación pre revolucionaria sobre las condiciones materiales de la lucha política en el país.⁶ A su vez, parte de ese análisis deviene de la concreta participación de las y los trabajadores en la vida económica, política y social del país en el periodo antes señalado.

Hacia las décadas de 1950 y 1960, el protagonismo de los sectores populares encontró su expresión más nítida en el fenómeno de las tomas de terreno, acelerado por la agudización del problema habitacional. Hacia fines de los años sesenta, estas experiencias de ocupación territorial alcanzaron una masa crítica donde germinaron formas embrionarias de Poder Popular⁷. De este modo, la acción del sujeto popular trascendió la sola reivindicación inmediata del techo para asumir una orientación estratégica centrada en el control territorial, articulando así sus demandas sectoriales en torno a un proyecto revolucionario.

Respecto a su capacidad de disputa, parte de ese protagonismo se expresó a través de su organización en acciones prácticas ligadas a su enfrentamiento no directo con la burguesía. Como parte de la serie de intentos de la burguesía chilena, los sectores medios y los agentes de EEUU, acciones de ese estilo se vieron cristalizadas en instancias como la paralización de sectores relevantes de la economía.

“Los sectores obreros y populares estaban realizando una importante experiencia de organización y coordinación, bajo un gobierno que sentían como propio y al que exigían avanzar en su programa y reivindicaciones, además se comenzaban a extender tomas en las fábricas y terrenos, como también la participación en los organismos de administración o gestión, (...) aun cuando germinaban propuestas de aumentar la cantidad de empresas del área de propiedad social, sobre todo tras el paro patronal de 1972. Es que la base social del gobierno de la Unidad Popular estaba representada sobre todo en estos sectores sociales, los trabajadores y campesinos, los pobres de las ciudades, los jóvenes estudiantes, aun cuando el apoyo a la UP no era homogéneo y existían sectores contrarios al gobierno, como fue el caso de los trabajadores del cobre, que protagonizaron un importante paro contra la

UP o las mujeres de sectores populares, que marchaban con ollas y cacerolas vacías manifestando su descontento ante el desabastecimiento y el mercado negro”. (López, P. 2016).

Las capacidades organizativas y de coordinación por tanto, de los sectores de trabajadores en Chile se orientaron no sólo a su capacidad de reconocimiento para sí mismo y la reivindicación de sus intenciones en el marco de la lucha de clases, sino que tomó un sentido estratégico toda vez que permitió avanzar en un programa de transición, con un rol protagónico en la producción y el trabajo.

Este ciclo de avances sustantivos, expresados como parte del ejercicio de su independencia de clase y confrontación indirecta con la burguesía, se quebrantó de forma abrupta en septiembre de 1973 y develará el proceso de contrarrevolución cuyas consecuencias se arrastran hasta el día de hoy. La imposibilidad del enfrentamiento directo contra las fuerzas de orden, entrenadas y organizadas décadas antes en la Escuela de las Américas⁸, y la falta de medios para asumir esa lucha terminó por germinar décadas posteriores de percusión, terror y desmembramiento de las capacidades de la clase trabajadora.

Posterior a las presiones de EEUU como parte del fin de la dictadura de Pinochet, los sectores moderados asumieron la conducción del país condicionados por las determinaciones políticas-constitucionales y económicas que durante veinte años fueron definidas por los sectores más privilegiados del país.

El conflicto contemporáneo asume otro ribete cincuenta y tres años después: Ya no forma parte del debate una estrategia capaz de asomar como alternativa de la disputa del poder y de las capacidades reproductivas del trabajo bajo un régimen de bienestar para las grandes mayorías, sino mucho más atrás; qué estrategia poseen las y los trabajadores bajo el actual marco que la realidad concreta permite.

Conclusión: Sólo una revisión del momento actual de la lucha de clases determinará un sujeto y una estrategia

Según Salazar el paso de la experiencia vívida de las condiciones del capitalismo al pensamiento crítico sobre esas condiciones⁹, es la aprehensión de conciencia sobre el estado de las cosas. En este marco, el sujeto revolucionario no se constituye de manera espontánea, sino en la medida en que logra fraguar una lectura crítica sobre el despliegue de la lucha de clases, lo que históricamente le ha permitido estructurar e impulsar propuestas estratégicas situadas y ad-hoc a las correlaciones de fuerza de cada periodo histórico.

De este modo, es el propio Salazar quien sostiene la primacía de las condiciones objetivas en la constitución del pensamiento emancipador:

«De este modo, a lo largo de dos siglos y medio, ha cambiado varias veces la marca opresiva que imprime [el capitalismo] en la experiencia de los sujetos sociales que victimiza, forzando así la adecuación y renovación constantes del pensamiento crítico. Pues es “la existencia (capitalista)

la que determina la conciencia (revolucionaria) y no ésta, por sí misma (en tanto que mera ideología) a la existencia”». (Salazar, G. 2003).

Por tanto, como producto del análisis en relación a la pregunta sobre la estrategia medio siglo después de la ofensiva de la burguesía en Chile nos invita a poner en el centro de la discusión por sobre la tensión sobre el protagonismo del sujeto/a de transformación, cuál es el actual escenario de la lucha de clases que sitúa a la mayoría de la población ante las actuales condiciones de explotación.

Notas
Tesis político-militar del MIR (1965). Véase más en Vivien Valenzuela Romero, Pueblo, conciencia y fusil: La política militar del MIR 1965-1973 (Concepción: Ediciones Escaparaté, 2018), 209.

Gabriel Salazar V., Transformación del sujeto social revolucionario: desbandes y emergencias (Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez [CEME], Archivo Chile, 2003), 1.

Márcia Cury, El protagonismo popular chileno: Experiencias de clase y movimientos sociales en la construcción del socialismo (1964-1973) (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2018), 38.

Por mencionar algunas: la huelga de los estibadores en Valparaíso (1903), la huelga de la carne en Santiago (1905), la matanza de Plaza Colón en Antofagasta (1906), y la matanza de la Escuela Santa María de Iquique (1907), recordada por ser la más sangrienta de la época por los miles de asesinado por el Ejército de Chile.

Cury, El protagonismo popular chileno, 35.

Salinas, S. El tres letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. RIL Editores.

Cury, El protagonismo popular chileno.

Romero. R. ¿Escuela de las Américas o escuela de violadores de derechos humanos?. 2014.

Salazar, Transformación del sujeto social revolucionario, 5.

Bibliografía
Cury, Márcia. El protagonismo popular chileno: Experiencias de clase y movimientos sociales en la construcción del socialismo (1964-1973). Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2018.

Lopez. P. El paro patronal y la formación de los Cordones Industriales desde la memoria de sus protagonistas, 2016.

Romero. R. ¿Escuela de las Américas o escuela de violadores de derechos humanos?. 2014.

Salazar V., Gabriel. Transformación del sujeto social revolucionario: desbandes y emergencias. Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Archivo Chile, 2003. <http://www.archivochile.com>.

Salinas, S. El tres letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. RIL Editores.

Valenzuela Romero, Vivien. Pueblo, conciencia y fusil: La política militar del MIR 1965-1973. Concepción: Ediciones Escaparaté, 2018.



La hora de la **política a con-** **struir un plan** **táctico para las** **luchas populares**

Por John Zieballé

Han pasado cinco meses desde que José Antonio Kast asumió la presidencia de Chile. Para cualquier analista o militante político debiera ser evidente que el 99% de su programa de gobierno fueron solo mentiras demagógicas. Mas aún. Mas allá de la falta de fiabilidad evidente de las encuestas, resulta claro que su propio electorado ya ha percibido que fue engañado. Su aprobación inicial ha caído 16 puntos.

Aunque la prensa mass media actúa como tapadera del verdadero programa del gobierno neofascista de Kast, las cifras son elocuentes: el Imacec de mayo cayó 0,9%, el desempleo subió a 9,4% y la producción industrial retrocedió 7,5%; en los hechos el país está camino de una recesión. Para la mayoría trabajadora del país que sobrevive con sueldos miserables, esta situación no requiere necesariamente aparecer en la televisión. Se comienza a palpar cotidianamente al “parar la olla” o al aumentar el endeudamiento.

Ahora, parece obvio que un gobierno pinochetista y ultraneoliberal,

que además anunció un recorte presupuestario de 6 mil millones de dólares, provocaría movilizaciones. La pregunta no es si habrá protestas—yalashay—sino si lograrán darse una orientación política y un nivel de desarrollo organizativo mas permanente. Es decir, que destino tendrán esta vez las fuerzas populares y de trabajadores.

Porque la historia reciente es brutalmente elocuente: el 18 de octubre de 2019 fue la mayor explosión social de las últimas 4 décadas y sin embargo, cinco años después tenemos un gobierno de ultraderecha. No fue porque el pueblo no haya luchado. En nuestra opinión este resultado es producto del carácter espontáneo de estos episodios, incluido el 18O, que no logran articular organización mucho menos disputar el sentido común dominante. Pues, aunque se considere como parte de un ciclo de luchas sociales desde el 2006, todos ellos carecieron de dirección política y un plan de acción con objetivos claros.

En cuanto al estallido social, en el momento más álgido cuando las demandas económicas se cruzaron con las políticas, esta carencia ideológica permitió que la oligarquía, ante la debilidad evidente del gobierno de Piñera II para garantizar algún nivel de gobernabilidad, lograra rearmar sus fuerzas. Hablamos no solo de la derecha tradicional, sino también la socialdemocracia y la izquierda neoliberal, quienes en conjunto disputaron la conducción del proceso e iniciaron un camino institucional de desactivación.

La crisis política y orgánica
¿Que explica entonces que el 180 haya sido cooptado con tanta rapidez?

Desde hace décadas, la izquierda revolucionaria anticapitalista o antisistémica chilena arrastra una crisis que no es solo organizativa. De hecho, la crisis orgánica es producto de una crisis teórica, estratégica y cultural. La verdad es más dura: la izquierda chilena no logró articularse en un proyecto nacional ni siquiera en la Unidad Popular.

Esta izquierda post dictatorial no ha logrado desentrañar el proceso actual de desconstitución social e ideológica de la clase trabajadora y sus organizaciones. Se trata de la fragmentación social y sindical producto de la precarización, la tercerización y la subsunción de toda nuestra forma de vida bajo el consumo capitalista neoliberal, donde el viejo proletariado fabril ya casi no existe. En el mundo del trabajo asalariado conviven en la actualidad, desde la aristocracia obrera de los trabajadores del cobre hasta los repartidores de aplicaciones y trabajadores a domicilio sin contrato. Todo esto ocurre en un contexto mas amplio de proletarización creciente y no asumida ideológicamente, de muchas ramas profesionales, junto a una masa de trabajadores informales que no encuentran representación en las estructuras políticas y sindicales tradicionales.

La crisis teórica que no logra aprehender la realidad, no es sólo un dato objetivo manifiesto en el mundo del trabajo. Es también el resultado subjetivo de la derrota política e ideológica de los proyectos de izquierda históricos nacionales e internacionales. En Chile, luego de la salida pseudo “democrática” de la dictadura, los distintos gobiernos y sus organismos defensivos del capital (económicos, políticos, ideológicos y culturales) han logrado orientar al movimiento político-social a moverse entre dos polos igualmente funcionales al sistema: por un lado el aventurerismo político radical de quienes confunden cortoplacistamente protestas y procesos organizativos incipientes con la revolución y los principios personales y éticos con las necesidades de la lucha política.

Y por el otro lado, muchos sectores políticos y sociales fueron empujados al inmovilismo resignado, de quienes creen que ya no hay alternativa o quizá que el enemigo es muy grande para darle una pelea revolucionaria. Aceptando ideologicamente las ideas de “mejoramiento” del sistema y del famoso “chorreo”, manteniendo al empresariado como sujeto fundamental del desarrollo. Es la deflexión patética del viejo Partido Socialista de Chile y del Partido Comunista, o de otras pequeñas fuerzas políticas que oscilan entre la lucha social, el asistencialismo y la vía electoral, para reformar como único camino.

Ambas posiciones permiten que el sistema siga su curso. La primera, cae en un análisis voluntarista que lo aleja de las grandes masas “impuras” o “electoralistas”, dándole prioridad al camino propio. No logrando abordar la necesidad de construir poder de masas duradero, ni la necesaria disputa del enajenado sentido común. La segunda, aun con dejos anti-sistémicos, acepta acriticamente lo aparentemente inevitable. En el mejor de los casos sobrevive buscando representar electoralmente aspectos de las necesidades y derechos sociales; en el peor haciéndose parte del sistema, como vemos.

La porfiada historia nos dice que el sujeto revolucionario y sus organizaciones no preexisten a la lucha: se construye en la lucha. Pero para salir de esta posición de derrota, se requiere una profunda autocrítica para llegar a lo que precisamente hoy se carece: teoría, organización, dirección y objetivos concretos. No basta con “estar en la calle” o que las condiciones economicas desmejoren, como creen algunos sectores. Minimamente hay que saber qué se hace en la calle, con quién se coordina, y hacia dónde se va.

La debacle ideológica
Ahora, la falta de comprensión de la realidad afianzada en un análisis “económico” de ella - economico en el sentido de “estrecho”, obtuso, “economicista” - donde todo y todos excepto sus propias fuerzas son iguales, deriva en una práctica moralista y en un sectarismo doctrinario que se expresa de varias formas.

Primero vemos un maximalismo reivindicativo sin asidero en fuerzas reales. Todo o nada para el pueblo: exigencias de carácter socialista en un contexto de descomposición organizativa y pauperización intelectual de las masas. Por otro lado, el purismo de quienes consideran que cualquier acercamiento a sectores “no revolucionarios” es una “traición”. Rechazando la lucha por la hegemonía política con el “no tranzo” como mantra. O aceptando alianzas solo con quienes asuman todas sus posiciones político-ideológicas.

Una expresión mas de estas desviaciones, es el “identitarismo” organizativo de quienes defienden su historia, sus símbolos y sus próceres como si eso reemplazara el análisis concreto de la realidad. Por último, el rechazo a priori, anarquista, a cualquier forma de organización centralizada, incluidos los partidos “tradicionales”, como si la horizontalidad por sí misma fuera una garantía de pureza política.

El resultado general, es una izquierda “revolucionaria” que ha abandonado la lucha de masas, entregándola en manos de la clase política burguesa, refugiándose en un abstencionismo principista casi como única política. Una izquierda que gasta más energías en disputas espurias por el “poder” de conducción entre orgánicas marginales o en políticas de construcción de fuerza propia, creyendo que su historia o su identidad garantizaran la conducción política. Pero lo único que posibilita a cualquier fuerza la conducción, es la capacidad de mantenerse junto al pueblo aun en esas luchas que parecen estar por



debajo de nuestra “capacidad ideológica”, leer con ellos la realidad, proponer un plan y ejecutarlo con fraternidad, solidaridad y disciplina.

Los errores del 18O El estallido de Octubre de 2019 fue una explosión de rabia legítima y acumulada. Las consignas iniciales del movimiento: “Que Se Vayan Todos” y “No eran 30 pesos, Sino 30 años” mostraban el nivel de memoria y beligerancia del malestar social. Sin embargo, ante la radicalidad del movimiento, la clase política en general, la oposición a Piñera - el PC, el PS, el Frente Amplio - mas movimientos sociales afines y el propio gobierno, finalmente negociaron e impusieron una línea de salida institucional: plebiscito para una nueva Constitución.

El fenómeno político más nuevo e interesante de la rebelión popular, la aparición de centenares de Asambleas Populares por todo el territorio. Impulsadas en parte por pequeños movimientos y sectores de izquierda revolucionaria y el anarquismo, pasaron de intentar planificar y coordinar formas de control de sus espacios vitales, a discutir el posible contenido de una nueva constitución no pinochetista. Un canto de sirena no menor: el espejismo de la recuperación de derechos sociales conculcados y la nacionalización de procesos productivos y recursos naturales (RRNN) eran parte de la oferta.

En términos generales el error no fue haber participado en el proceso constituyente, que ciertamente contenía la posibilidad de un momento de politización popular. El error fue que ante la carencia de objetivos tácticos concretos se abandono el proceso de construcción social y se termino centralizando la discusión en el posible contenido de una Nueva Constitución, sin lograr una mirada crítica de lo que ese proceso implicaba para el movimiento.

La izquierda liberal y el liberalismo de izquierda, se convirtieron así en los garantes de la desmovilización; también la burocracia sindical que en lugar de profundizar el paro, llamo a “depositar la confianza en el proceso constituyente”. Esa fue otra pieza clave de la desmovilización. Cuando el aporte de fuerza social que estas organizaciones brindaban se replegó de las calles, los movimientos asamblearios territoriales experimentaron un rápido declive. Unos apostaron por la autonomía absoluta, otros continuaron en gestos simbólicos sin capacidad de incidir, ya desnudos de las fuerzas de las masas.

Esta jugada sentó a díscolos personajes de la oposición en la mesa de la derecha y la oligarquía. El movimiento terminó fácticamente entregando su fuerza a las urnas y desmovilizando las calles. La socialdemocracia, la derecha y la oligarquía aprovecharon el proceso constituyente para terminar de desgastar, dividir y finalmente enterrar cualquier posibilidad de cambio.

Basta de conceptos simplistas Uno de los errores recurrentes del análisis en la izquierda - o mejor dicho de su evidente carencia - es que los lleva a hablar de “la oligarquía” o “el duopolio” abstractamente y en general. Ese planteamiento simplista no solo genera gran parte de los problemas ideológicos y las prácticas políticas mencionadas más arriba, sino que impide ver las contradicciones al interior del bloque dominante y, por lo tanto, diseñar una táctica y una estrategia que logre explotarlas para beneficio popular.

Como ya escribimos en el artículo “De quien es el Plan de Kast”, este no es el gobierno de los grandes grupos económicos tradicionales. Es el gobierno de una fracción específica del capital: la burguesía subordinada empresarial y rentista. Aquí solo afinaremos el analisis en un aspecto de esta nueva situación.

La gran burguesía fue desplazada del poder político porque en cierto

sentido lo permitió. No fue una derrota; podemos especular que fue una delegación. La gran burguesía y su bloque no quiso asumir el costo político que un plan como el mal llamado “Plan de Reconstrucción” requería. Para eso está el neofascismo: para hacer el trabajo sucio que la derecha tradicional y la socialdemocracia ya no puede hacer sin destruirse. Kast y su fracción son la fuerza de choque política de un nuevo bloque en gestación, que se debate entre seguir subordinado al gran capital o liderar el proceso de acumulación capitalista inmediato y futuro para su beneficio.

Dejando de lado las obvios conflictos sociales con las clases desposeídas - que abordaremos más abajo - este nuevo bloque en el poder tiene sus propias tensiones internas. Pero no hay que confundir disputas coyunturales con contradicciones tácticas o estratégicas.

La gran burguesía puede no estar de acuerdo con todos los detalles del plan, pero está de acuerdo con su dirección general: profundizar la explotación de la fuerza de trabajo, la naturaleza y la proletarianización creciente de sectores profesionales. En el fondo, un nuevo disciplinamiento de la clase trabajadora para asegurar las condiciones de acumulación de capital.

Postulamos que la contradicción estratégica sigue siendo la lucha entre el gran capital versus la fuerza de trabajo. Pero la contradicción táctica explotable en este periodo, no es entre la gran burguesía y la clase trabajadora en general. Es entre la fracción que impulsa el gobierno de Kast - la burguesía subordinada empresarial y rentista - versus la clase trabajadora en general y, por otro lado, la propia base social del gobierno (pequeños y medianos empresarios, sectores populares conservadores y pauperizados, clase media profesional y no profesional proletarianizada) junto a su apoyo geopolítico: EEUU (Trump) que tensiona a la gran burguesía nacional con China el mayor socio comercial del país de los últimos 40 años!

El “plan de Kast” no es una política errónea Veamos, el “Plan de Reconstrucción Nacional” no es un conjunto de medidas económicas mal diseñadas. Es un proyecto de clase. Busca, tras el estallido social que prendió las alarmas, re-viabilizar el proyecto de acumulación capitalista nacional, ante lo que algunos politólogos consideran un aparente desgaste de la protección de la constitución pinochetista. Nosotros consideramos, que mas bien se trata de un proceso de reorganización capitalista ante un inminente decrecimiento de la tasa de ganancia y la acumulación, ademas de una nueva realidad tecnológica y geopolítica..

Para ello el gran capital permitió la redistribución de la acumulación al interior de la clase poseedora, con la condición que esta fracción económica logre redisciplinar la masa laboral y el ejército laboral de reserva.

El corazón del proyecto es presentado como la rebaja del impuesto corporativo del 27% al 23%, la invariabilidad tributaria para inversiones sobre US\$50 millones, la exención transitoria del IVA a la venta de viviendas

nuevas y beneficios fiscales para repatriar capitales. Una especie de “recesión controlada”, que permite también indirectamente a muchos capitales obtener ganancias parasitarias y traspasarse sin esfuerzo ingentes cantidades de capital. Pero probablemente, lo mas importante sea el afán de privatizar el total de la explotación extractivista de los escasos recursos naturales del país.

Todo ello financiado con recortes masivos al gasto social y sobreexplotación: el fin de la seguridad social -recortes en salud, educación, transporte público, jubilaciones, cultura -la baja de sueldos, el aumento de las horas de trabajo, el fin de las huelgas, el fin del seguro de cesantía y la eliminación de indemnizaciones por años de servicio. Obviamente no es una política “errónea” desde el punto de vista del poder económico. Es correcta para sus intereses: concentrar la riqueza en sus manos y disciplinar al conjunto de la sociedad.

Por eso no basta con decirle al pueblo que “la reforma es mala”, “el gobierno es malo” o que “es culpa del duopolio”, pues ese tipo de discurso es un factor que, precisamente, abrió la puerta a la ultraderecha para decir que ante la ineficacia y la estupidez de los otros, ellos lo podían hacer mejor.

Debemos mostrar quién está detrás del plan, a quién beneficia y particularmente a quiénes perjudica. En ese contexto, hay que hacer evidente para los trabajadores y el pueblo, el origen de esta nueva fracción económica en el poder, sus objetivos, sus debilidades y obviamente, el papel del parlamento, la izquierda liberal, la socialdemocracia, el liberalismo de izquierda, la burocracia sindical y el Estado de derecho en el mantenimiento del orden capitalista. Es decir el trabajo de “politizar” que los analisis “economicos” quieren saltarse!

La fragilidad de la fracción en el poder: dependencia externa y disputas internas
El gobierno de Kast es frágil. No sólo por la caída de su aprobación sino por el deterioro económico que propugna, sino por que su coalición es un experimento heterogéneo en formación y su principal punto de apoyo externo - Estados Unidos y Trump - están en su propia crisis.

En el país las tensiones entre Republicanos y Chile Vamos son públicas y recurrentes. La acusación constitucional contra Nicolás Grau evidenció la descoordinación de la derecha: republicanos sostuvieron el libelo de manera consistente, pero en Chile Vamos hubo apoyos parciales, rechazos, abstenciones e inhabilidades. Kast ha tenido que convocar a desayunos en La Moneda para intentar recomponer las confianzas. La UDI mantiene la guardia en alto y remarca las distancias con el Partido Republicano.

Pero hay que ser cautos: esas diferencias son, en gran medida, chismografía política. Lo importante son los acuerdos de fondo sobre el plan de esta fracción. A pesar de las precisiones que la gran burguesía dicta al gobierno a través de sus medios y sus lobistas, la cuestión es cómo este plan afectará a su propia base social, que en rigor no es su base social orgánica, sino una construida sobre el engaño demagógico. Porque finalmente los votos de la derecha en el Congreso son coherentes con el proyecto: la Megarreforma avanza.

La fragilidad geopolítica es otro factor clave. Kast llegó al poder alineado explícitamente con Washington, y en particular con la figura de Donald Trump quien está en su segundo mandato pero cuya posición actual es difícil. Las elecciones de “medio término” de noviembre de 2026, en medio de una de las escaladas guerreristas más impactantes de las últimas décadas, son un momento clave. La posibilidad de que Trump pierda el control del Congreso es real. Si Trump cae - ya sea por una derrota electoral o por un debilitamiento progresivo - el gobierno de Kast pierde nominalmente su principal punto de apoyo externo.

Eso no significa que un gobierno demócrata en EE.UU. sea mejor para Chile. Los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región no cambian con el color del partido gobernante. Pero la incertidumbre que generaría la caída de Trump afecta los intereses de la gran burguesía nacional, que como mencionamos ha apostado





por el en contra de sus socios más importantes de las últimas décadas: los Chinos. Los grandes grupos económicos necesitan estabilidad y previsibilidad para sus negocios. Un gobierno de Kast tambaleante, sumado a un socio externo en crisis, no es buen negocio.

Los nuevos intentos de conducción de la izquierda neoliberal Mientras avanzan los meses, la izquierda neoliberal - Frente Amplio, Partido Socialista, Partido Comunista, PPD - intenta recomponerse como oposición “responsable”. La presidenta del FA, Constanza Martínez, calificó la reforma de “radical” y lamentó que se aprobó “sin acuerdos, sin diálogo real”. El senador comunista Daniel Núñez dijo que el ministro Quiroz “se ha ganado el título de ser el Robin Hood de los superricos”. La CUT, por su parte, “valora” que el gobierno se siente a dialogar.

Pero las críticas se quedan en el discurso y en el parlamento. Y por cierto en los medios, donde hoy pululan ideólogos comunistas y frenteamplistas hablándonos del “leninismo del PC”, del afán de “reemplazo de las leyes” por parte del gobierno, y la “Mano Izquierda del capital” de no se quién. Pero cuando la Megarreforma llegó al Senado, la “oposición” no se negó a discutir; se sentó a negociar indicaciones y en eso están. El voto de Pedro Araya (PPD) fue el ejemplo perfecto: su abstención fue el voto que permitió políticamente la aprobación de la idea de legislar. No se trataba de rechazar el contenido de clase de la reforma, sino de reclamar un lugar en la mesa donde se administrará su tramitación y correrá la plata.

Esa es la lógica de la izquierda neoliberal: estar en la mesa, no cambiar la mesa. Su papel es doble: por un lado, contener el descontento social canalizándolo hacia cauces institucionales, obteniendo pequeñas prebendas para el país y los sectores populares que le permitan volver a proyectarse al gobierno; por otro, en la medida que “republicanamente” asisten al parlamento a votar el “plan de reconstrucción”, dar cobertura “popular” a una estrategia de adaptación parlamentaria derechista.

En este sentido, el gobierno de Boric fue el remate del proceso de transición que allanó el camino para el extractivismo - la Estrategia Nacional del Litio, el Royalty minero light, el TPP11 - y para la construcción de un estado policial que hoy Kast utiliza sin reparos y busca profundizar aún mas. Estos aspectos son antecedentes de la actual situación. La izquierda neoliberal no es ni sera una alternativa antisistémica; no representa mas que su gestión con rostro humano. Su papel hoy sigue siendo desactivar cualquier intento de lucha popular que amenace con desbordar los marcos institucionales. Pero un numero importante de ciudadanos aun creen en ellos y en el sistema ¿qué hacer? ¿seguiremos ignorándolos como hasta ahora? ¿cómo en el 180? Más adelante en el artículo veremos algunas posibilidades.

Agudización de las contradicciones y reorganización popular “Hay que agudizar las contradicciones” fue una frase recurrente entre los sectores de izquierda de los 80s. En ese momento critico, la militancia político-social olvidábamos que detrás de esas contradicciones estaban los sectores populares que las sufrían. Hoy, en un contexto geopolítico caótico, con un avance de la derecha y los yanquis en América Latina, un nuevo afán expoliador de la burguesía nacional está agudizando las contradicciones en nuestro país.

Para nosotros la “agudización de las contradicciones” no es suficiente como postura política. Primero debemos responder ¿qué contradicciones? En este sentido el materialismo histórico nos enseña que la conciencia política no surge necesariamente de la precariedad, todo lo contrario. Por lo que la oportunidad que abre la actual situación, es la de identificar nuestras posibilidades de lucha, avanzar en procesos de reorganización y en la disputa de las conciencias populares.

Es prioritario avanzar con ese horizonte: es decir la rearticulación de las organizaciones y la recuperación del sentido común popular. Para eso necesitamos un plan táctico con objetivos concretos que perseguir en este periodo que nos permitan articular a los distintos sectores que comienzan a movilizarse. Pero esta vez con la clara conciencia de un proceso de construcción de poder popular de masas de largo plazo.

Demos una mirada a los sectores de trabajadores, sociales y populares que ya se han mo-

vilizado o mas propensos a movilizarse: los estudiantes secundarios, esta vez junto a la Confech y pequeños grupos de izquierda, fueron los primeros en percibir la virulencia del plan económico de la ultraderecha. Luego se reactivó el movimiento ecologista en lucha por la preservación de los territorios amenazados directamente. La Confederación Nacional de Trabajadores del Transporte (CNTT) y el Movimiento 100X100% con el Pueblo han protestado en Santiago y anuncian nuevas movilizaciones. La CUT, convocó a la primera gran marcha contra Kast el 1 de mayo, con la participación de decenas de miles de trabajadores y ciudadanos. Sectores de la salud como la Fenats, se han movilizado incipientemente. Otros como la Confusam y los portuarios anuncian movilizaciones futuras contra los recortes que afectan el que hacer de su gremio, íntimamente ligada a la realidad social.

La realidad objetiva que se desprende del Plan de Kast, es que estos son los sectores más perjudicados desde el primer minuto por los recortes presupuestarios. Para dar un ejemplo, los proyectos de extracción de litio y tierras raras que EEUU impulsa a través del gobierno de Kast, están encontrando resistencia en los territorios. Esa resistencia no es solo ecologista; es una resistencia anticolonial y anticapitalista. Apoyarla, visibilizarla con ese carácter, conectarla con las luchas sectoriales de la salud, el estudiantado, es una forma de golpear a la fracción que está en el poder y a su socio externo.”

La primera batalla táctica entonces podría ser, por ejemplo, frenar la aprobación de un proyecto específico de extracción de litio o tierras raras. Eso implicaría coordinar a las comunidades locales, a los sindicatos afines, a los movimientos ecologistas y a los estudiantes y diseñando una campaña de propaganda que exponga los intereses de la fracción de Kast y de sus socios estadounidenses.

Los partidos y organizaciones políticas de izquierda consecuente deberían tomar esta labor como una de las centralidades tácticas del periodo. Pero ejecutando un plan que evite dispersar la energía en protestas simbólicas sin dirección, estableciendo en cada movilización un objetivo pequeño o grande pero concreto y medible en el tiempo: impedir un desalojo, paralizar un sector productivo, conseguir un aliado para la causa. Ser articuladores activos de las luchas particulares - ecologistas, feministas, estudiantes, trabajadores - en una lucha común contra la esencia del sistema. No como un “frente amplio” electoral, sino como un polo de construcción de poder popular con capacidad de veto y de propuesta.

El sectarismo y una reivindicación política en el 18O Para ello, nuestra comprensión sobre la lucha política y sus necesidades debe dar un salto cualitativo. Reincorporar autocríticamente la importancia de la discusión política y el análisis de nuestras fuerzas y de las masas populares es una exigencia ética del momento.

Revisemos un par de situaciones del estallido social:

Un hecho relevante que da cuenta de las dificultades de interpretación de la realidad que indicamos, dice relación con la no participación de un grupo importante de asambleas territoriales en los esfuerzos centrales que se realizaban desde el bloque de Unidad Social (US). Bloque donde se concentraba el numero mas importante de organizaciones de trabajadores, sociales y políticas. Este grupo de asambleas era impulsado por pequeñas orgánicas extrasistémicas, anarquistas y ONGs que enfrentaron el proceso con un plan de construcción de fuerza propia, con una política anti partido, abstencionista y de no participación en los espa-

cios de la “clase política y sindicatos tradicionales vendidos”.

Por esta razón y con una opacidad conspirativa, sin muchas explicaciones, no marchaban junto a la Mesa. No se sumaron a los llamados a Huelga Nacional del 4 ni el 12 de Noviembre, sino que lo hicieron en otras fechas y lugares. Restaron así grupos de miles de ciudadanos, que comenzaban a comprometerse en la lucha a las manifestaciones mas importantes del momento. Estas asambleas construían un instrumento llamado El Pliego del Pueblo, una serie de demandas reivindicativas generales, pero sin contar con un plan mas alla de la necesidad de organizarse. Y aún siendo grupos organizados, la idea de maniobra era que el plan debía surgir del encuentro con la gente. Finalmente, al igual que todo el movimiento, abandonaron sus demandas particulares por la discusión de la Asamblea constituyente.

Una reivindicación, parte del contexto político más amplio del 18O, surgió cuando la llamada Mesa o Bloque de Unidad Social - como decíamos, una coordinación de organizaciones sociales, territoriales, políticas y sindicales - planteó a la clase política la exigencia de ejercer una Huelga Legislativa. Es decir, que la oposición al gobierno de Piñera se niegue a legislar mientras se siguiese reprimiendo las movilizaciones, que entonces ya contaban con decenas de asesinados, mutilados y torturados por las fuerzas policiales.

Para sorpresa de todos, fueron expresadas en nombre de la mesa por la comunista Bárbara Figueroa entonces presidenta de la CUT. Esa exigencia hacia la clase política - surgida de los gremios organizados más importantes del país - se planteó junto a demandas por la vuelta a los cuarteles de los militares, la derogación del estado de emergencia y, por primera vez, como una reivindicación del movimiento se incluyó la exigencia de una Asamblea Constituyente.

Estas demandas sumadas al crecimiento acelerado de organizaciones territoriales fueron desde nuestro punto de vista un momento de inflexión de la lucha social.

La importancia de la aparición de estas demandas, fue que terminó de alertar a la clase política que el movimiento no se estaba dejando cooptar fácilmente y que ademas atacaba su sistema representativo. Entonces Boric - diputado y uno de los líderes de la oposición - se sentó con la derecha para negociar la salida institucional de un plebiscito y proceso constituyente.

Aun cuando la Huelga Legislativa fue una exigencia hacia los parlamentarios - no una acción autónoma del movimiento - mostró la rapidez con que las demandas económico-sociales pueden avanzar hacia demandas políticas. Consideramos que, análogamente a aquella situación, la actual Megarreforma fascista nos permitiría levantar hoy esta misma reivindicación con un carácter “propagandístico”, para contribuir a la comprensión de los sectores populares sobre el verdadero papel de los procesos electorales y el parlamento como elementos de control social usado por el gran capital.

La proponemos como una reivindicación táctica exigen-



do al conjunto de la oposición una Huelga Legislativa en defensa de los intereses populares y nacionales. Esta exigencia debe ir de la mano con el desenmascaramiento de los intereses específicos del nuevo gobierno. Exigiéndole al PC, al PS, al FA y a toda la oposición parlamentaria que se nieguen sistemáticamente a participar en la tramitación de la Megarreforma. Que no se sienten a negociar indicaciones. Que no legitimen con su participación un debate cuyo terreno ya ha sido definido por el enemigo. Que hagan huelga legislativa.

No porque creamos que vayan a hacerlo —porque no lo harán— sino para mostrar en la práctica cómo negocian, tranzan y legitiman la reforma mientras dicen oponerse. Dicho de otro modo: desenmascarar a la izquierda neoliberal, mostrar que no hay diferencia sustancial de proyecto económico entre “oposición” y oficialismo, que todos son parte del mismo engranaje, pero con distinto papel. Esa es la función práctica de la idea del ‘duopolio’ que algunos sectores antisistémicos repiten sin traducirla en acción alguna. La forma no conspirativa, dirigida a todo el pueblo sometido, de integrar la política y la lucha social.

No se ha logrado construir un nuevo sindicalismo: Otro de los grandes problemas del movimiento popular chileno es la debilidad del sindicalismo. La Central Unitaria de Trabajadores (CUT) donde participan los empleados fiscales, profesores, de la salud, del cobre, etc. sigue siendo nominalmente la principal organización sindical, pero su capacidad de convocatoria es limitada y su dirección ha sido absorbida hace mucho tiempo por la lógica de la negociación institucional.

Otros sectores de trabajadores, en los que algunos actores políticos de izquierda revolucionaria depositaron en su momento esperanzas de construcción de una nueva política sindical clasista, como los portuarios, los trabajadores del retail, de montaje industrial, de la construcción, etc. se han burocratizado y/o corrompido tanto o más que las viejas organizaciones sindicales de trabajadores del estado.

Los nuevos sectores precarizados, la gran mayoría de los trabajadores — del área de servicios, repartidores, trabajadores de plataformas, trabajadoras a domicilio, a contrata, que boletean — están prácticamente desorganizados. No se ha logrado construir un nuevo sindicalismo, ni uno que represente a estos sectores. Y no se logrará de la noche a la mañana.

Así las cosas, es indispensable reconsiderar estas fuerzas como parte de las luchas del movimiento popular. Después de todo, así como todo lo demás, el mundo del trabajo siempre está en disputa en la lucha de clases: oscilan entre la cooptación patronal y posiciones clasistas, o siquiera progresistas. Lo que no se puede hacer es confiar en los compromisos de sus dirigentes, por lo que no son sujetos actuales de políticas de alianzas, es decir tanto o menos que la izquierda neoliberal.

Proponemos, como parte de la táctica general, sumarse con autonomía política a sus luchas y movilizaciones. También desarrollar una presión propagandística similar a la ejercida contra la clase política, entendible para sus bases, llamando a que se movilicen y defiendan sus intereses. Esto servirá también para desenmascarar a los dirigentes cooptados y serviles al gran capital.

El estallido social nos mostró estos aspectos de los problemas teóricos y organizativos de la lucha: una izquierda revolucionaria ultraizquierdista que asume parcelada y conspirativamente la construcción de fuerza popular. En la práctica apartándose de las masas.

Que no hay un nuevo sindicalismo de clase, que el movimiento sindical tradicional aún tiene una importante capacidad de lucha. Pero cooptado por una burocracia sindical que es una pieza del engranaje de desmovilización, aunque ellos no son lo mismo que sus asociados, ese es el quid del asunto.

Encuentros organizativos: unidad no sectaria en las calles A pesar de todas las dificultades, hay señales alentadoras que deben abordarse. El comienzo de las movilizaciones, muestra un grupo heterogéneo de movimientos políticos y sectores de trabajadores y sociales, que han asumido temprana y consecuentemente la defensa de sus derechos e intereses.

Proponemos a ese activo social convocar a reuniones de coordinación territorial entre estas organizaciones: no para fundar un nuevo partido, sino para discutir un plan de acción común para los próximos meses. Estas reuniones deberían tener como primer punto la definición de un objetivo táctico prioritario y el diseño de una campaña de acciones y comunicacional conjunta. Las realidades territoriales les indicarán a las fuerzas involucradas especificidades propias sobre las que articularse y proponerse objetivos.

Nos parece fundamental una concepción organizativa que combine centralismo y democracia. No se trata de imponer una dirección desde arriba, pero tampoco que no tenerla implique renunciar a darse una conducción del proceso otra vez. La dirección de estas coordinaciones no debería ser fija, sino rotativa y temática, de modo que ninguna organización se sienta excluida y todas asuman responsabilidades.

Es necesario construir espacios que no evadan la discusión política, sino uno donde las organizaciones puedan fraternalmente discutir, planificar, coordinarse, priorizar según sus realidades territoriales, sus convicciones políticas y ejecutar acciones conjuntas con disciplina y evaluaciones posteriores.

En este contexto, la disputa comunicacional es un trabajo táctico de primer orden que no requiere grandes medios; sino una red de “militantes” que produzcan y distribuyan materiales simples: volantes para la salida de las empresas, para las calles y los malls, vídeos cortos que desmonten una mentira del gobierno, etc.. La coordinación que proponemos debería tener un grupo de trabajo dedicado a esta tarea con el objetivo de centralizar su que hacer.

En fin, la experiencia acumulada desde el 2006 hasta el 18O nos enseñó que la espontaneidad no basta. Que nos falta análisis y objetivos. Este artículo que entregamos para su lectura es una invitación y quizá una crítica muy dura, muy difícil de asumir, pero cuyo objetivo primario es resolver nuestras falencias y esta vez estar preparados.

ink-i-illimaa

LA NUE
CAN
CHILEN

un canto a la
vida nueva

el canto
al **programa**
de la Unidad
Popular

Por Harold Stiven García Pacanchique
Director de Revista Poder Popular
@rpoderpopular

La nueva canción chilena se convirtió en el canto de la esperanza, que aportó a los procesos populares de finales de la década de los sesenta e inicios de los setenta una nueva forma de integrar a la clase trabajadora a la cultura política de izquierda. Entre estas propuestas musicales se va a encontrar la agrupación Inti-Illimani, la cual sería determinante en la campaña presidencial del médico y socialista Salvador Allende; agrupación compuesta por jóvenes que iniciarían su apuesta musical y cultural hacia el año de 1967 y quienes asumirían este nombre en homenaje al paisaje soleado del frío Illimani boliviano.

El 6 de agosto de ese mismo año, el concertista en guitarra e hijo de bolivianos, Eulogio Dávalos, los invita a tocar en la celebración de la Independencia de Bolivia para la comunidad de ese país que residía en Chile. En vista de que el grupo aún no tenía nombre, el mismo Dávalos les propuso llamarse Inti-Illimani, que en lengua aymara significa Sol del Illimani (Inti-Illimani, 1967).

La sugerencia de Dávalos gustó a los chilenos y, a partir de esta referencia nominal indoamericana, va a iniciar la historia de una agrupación puesta a la orientación de las causas de la justicia social y la democracia popular. Fue así como Inti-Illimani, tras la ajustada victoria popular de Allende sobre el nacionalista Jorge Alessandri el 4 de septiembre de 1970, asumió la tarea de musicalizar el programa de gobierno de la Unidad Popular¹, que se convertiría en la principal pieza de agitación política del gobierno de Allende para socializar la propuesta política de la vía chilena al socialismo.

Canto al programa

La cantata chilena y su llamada nueva canción constituyeron el avance cultural de un proceso popular de nuevo tipo que forjó la vía chilena al socialismo. Esta elevó no solamente las consignas de un gobierno socialista que accedió al poder a través de la llamada democracia burguesa, sino que también penetró la cotidianidad de la clase trabajadora por medio de la música, que se convirtió en el mecanismo más acertado para enraizar el programa socialista en las poblaciones empobrecidas del campo y la ciudad, reforzando la concepción política de la Unidad Popular y su programa de gobierno. Ello les permitió, de una manera inusual para la época, dar a conocer las intenciones organizativas de una nueva forma de comprender y hacer la política.

El álbum titulado Canto al programa sería el quinto número musical de Inti-Illimani. Tras llegar de su gira internacional por Argentina y orientados por el Partido Comunista, estos, como miembros de la JJCC –Juventudes Comunistas de Chile–, deciden musicalizar los principales puntos del programa de gobierno de Allende en un long play compuesto por doce canciones, en el cual participaron “Julio Rojas en el texto escrito y la música compuesta por Luis Advis y Sergio Ortega. En el relato participó Alberto Sendra (. . .) y el diseño gráfico fue realizado por Vicente y Antonio Larrea” (Perrera, 2019).

El disco fue un éxito musical, político y cultural. De este se inmortalizarían canciones como “Canción al poder popular” y “Vencemos”, esta última también conocida como el himno de la Unidad Popular. Además, contó con once relatos que ponen en voz chilena la explicación de cada una de las tonadas musicales de Inti-Illimani, relatos que representan al típico poblador urbano y rural de la clase trabajadora, que con palabras propias de la cultura popular invita a conocer el programa de gobierno de los socialis-

tas. Ante esta experiencia, uno de los integrantes del grupo, Horacio Salinas, comentó al medio digital El Desconcierto que:

Muy lejos del glamour del teatro, cantábamos al aire libre ante un público fundamentalmente obrero. Imaginábamos que la canción podía cambiar algo, cantábamos textos medio pedagógicos, uno escucha las canciones ahora y es muy chistoso porque era una traducción en rima de cosas muy técnicas (Salinas, 2017).

Fue entonces este llamado elemento pedagógico el que constituyó la fuerza del LP publicado en 1970, pues le permitió a la Unidad Popular tener una herramienta política y educativa para llegar a miles y miles de seguidores de Allende que quizá no podían leer el programa del gobierno obrero y popular. Este trabajo musical le permitió al pueblo entender, como lo planteaba la “Canción al poder popular”, que:

“esta vez no se trata / De cambiar un presidente”.

Las vibrantes emociones que despertaba este programa socialista las caracterizaba de manera plena este álbum musical, que puso a Inti-Illimani en el centro de los objetivos a derrotar por parte de la derecha golpista. La afinidad popular de la Nueva Canción Chilena hizo, como lo relata Horacio Salinas, que la clase trabajadora se entronizara con la llamada canción protesta y de contingencia que floreció en el Chile gobernado por Salvador Allende:

Participábamos de todas las actividades en que nos convocaban, no solo en las grandes manifestaciones en la Alameda, sino que en centros de obreros, minas de cobre, las minas de hierro del Tofo, los sindicatos. Se veía que el Chicho podía ganar, entonces todos nos volcamos a esa utopía (Salinas, 2017).

La utopía del socialismo a la chilena demostró que la canción es un arma de la revolución cargada de futuro y esperanza. No solo se encontraron canciones politizadas en el Canto al programa, sino en toda la tradición musical de la época, en donde destacan los ponchos negros de Quilapayún, Víctor Jara, Violeta Parra, Patricio Manns, Illapu, los hermanos Parra, entre otros y otras que le dieron una tonada musical e indoamericana a las propuestas socialistas del gobierno de la Unidad Popular.

“No hay revolución sin canciones” Salvador Allende La participación de los comunistas fue determinante en el gobierno popular. Siendo la segunda fuerza política más importante de la convergencia, influenciaron culturalmente de manera determinante este proceso político. Allí jugaron un papel preponderante agrupaciones musicales como Quilapayún e Inti-Illimani, pertenecientes a la JJCC y al Partido Comunista de Chile, como también destaca la participación del comunista y cantautor Víctor Jara y los artistas plásticos de la llamada Brigada Ramona Parra.

Así como sin canciones no había posibilidades de revolución, parafraseando al compañero presidente, la JJCC y su comisión de educación designó un esfuerzo creativo para poder darle vida al programa de gobierno a través de la música, e Inti-Illimani fue designado para dicha tarea. Este programa político, que resultó una tonada de vida nueva para los más empobrecidos del Chile de inicios de la década de los

setenta, planteaba en la portada del LP lo siguiente en referencia a la importancia del nuevo paso que daba la sociedad chilena hacia la construcción de su socialismo, donde era necesario forjar un:

Gobierno verdaderamente popular que haga posible una revolución antiimperialista que permita que seamos los dueños verdaderos de nuestras riquezas básicas, hoy explotadas por capitales extranjeros principalmente yanquis; una revolución antioligárquica que ponga fin a la gran burguesía, dueña de los grandes centros financieros y de los monopolios que impiden nuestro desarrollo económico y, por último, una revolución agraria que termine con los grandes terratenientes y entregue la tierra a los campesinos, que la trabajan (JJCC, 1970).

Esta referencia, a manera de resumen o sinopsis de lo que se escuchará en las doce intervenciones musicales, es un abrebocas a lo que plantea el programa musicalizado, en donde todas las propuestas van a girar en torno al poder popular, encontrando canciones tituladas como:

El vals de la profundización de la democracia.
Cueca de las fuerzas armadas y carabineros.
El rin de la nueva constitución.
Canción de la propiedad social y privada.
Canción de la reforma agraria.
Tonada y sajuriana de las tareas sociales.
Canción de la nueva cultura.
Vals de la educación para todos.
Canción de las relaciones internacionales.
Títulos que dejan entrever el contenido del programa de gobierno de Allende, en donde la socialización de los medios de producción, el fortalecimiento de la propiedad social y la transformación de las fuerzas militares eran los lugares desde donde partían las principales iniciativas del gobierno popular, condiciones que se pueden encontrar de manera reiterativa en todos los números musicales del LP publicado en el año de 1970.

Reflexiones finales

El Canto al programa es, pues, la expresión más fehaciente de la agitación y propaganda de una cultura revolucionaria en construcción, que emerge de una época convulsionada para el pueblo de Chile, donde las canciones se convirtieron en uno de los principales elementos de socialización política y fortalecieron los anhelos de una sociedad que, a través de la vía pacífica, propendió por consolidar un proyecto social y popular que se opusiera a las infames dinámicas del capital.

Las Juventudes Comunistas, conscientes de su responsabilidad y de la necesidad de usar todos los medios de comunicación a su alcance, concibió la idea de difundir el Programa mediante un disco (...) después de un arduo trabajo colectivo nos entregan este conjunto de canciones de Canto al programa que toman las formas de nuestro folklore y que logran, en la interpretación del conjunto Inti-Illimani, una gran calidad artística (JJCC, 1970).

Calidad artística que demostrará una producción de lo que hoy podemos caracterizar como cultura popular, donde los aportes políticos salieron de lo indoamericano, como creación heroica de un proyecto social que entendió que sin consenso popular no existe guerra al capital, que el bloque histórico combina de manera acertada todas las formas de lucha y que la canción protesta y de contin-

gencia efectivamente sería un arma potente de la revolución.

Notas

Frente de convergencia de la izquierda chilena del cual hacen parte el Partido Comunista de Chile, el Partido Socialista de Chile, el Movimiento de Acción Popular Unitaria, el Partido de Izquierda Radical y Acción Popular Independiente.

Referencias
Inti-Illimani. (6 de agosto de 1967). Inti-Illimani. Recuperado el 3 de septiembre de 2020, de Historia: <https://inti-illimani.cl/historia/1966-1977/>
JJCC. (1970). Perrerac. Recuperado el 3 de septiembre de 2020, de Inti-Illimani: Canto al programa (1970): <https://perrerrac.org/chile/inti-illimani-canto-al-programa-1970/3993/>
Perrerrac. (22 de junio de 2019). Perrerrac. Recuperado el 3 de septiembre de 2020, de Inti-Illimani: Canto al programa (1970): <https://perrerrac.org/chile/inti-illimani-canto-al-programa-1970/3993/>
Salinas, H. (2017 de septiembre de 2017). A 48 años de la Unidad Popular: La utopía en color y sonido. (P. Álvarez, entrevistador). El Desconcierto.



Una invitación a continuar el debate

**Comite Editorial
Revista Estrategia**

A través de los textos presentados, esperamos desde esta humilde trinchera alimentar el interés y tensionar a todas y todos aquellos que han revisado sus reflexiones. Tal como planteamos en la apertura de este dossier, la fragmentación de la izquierda y sus organizaciones también son resultado de la dictadura cívico y militar en Chile, problematizar esta situación y pensar en nuevas formas también forma parte de sus tareas en la actualidad.

Esperamos seguir encontrándonos en las calles, espacios de estudio, trabajo y cuidados donde residen estas reflexiones. Como también seguir siendo un instrumento al servicio de estudiar y organizar respecto a nuestro futuro.



ASENTAMIENTO



ARNOLDO
RIOS

NCR



